

PENÍNSULA

De la autora de *Querido Líder*

Barbara Demick

Comerse a Buda

Vida y muerte del pueblo tibetano
a manos del Imperio chino



Comerse a Buda

Barbara Demick

Vida y muerte del pueblo tibetano a manos
del Imperio chino

Traducción de Pablo Sauras

Título original: *Eat the Buddha. Life and Death in a Tibetan Town*

© 2020, by Barbara Demick

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

Primera edición: marzo de 2021

© de la traducción del inglés, Pablo Sauras Rodríguez-Olleros, 2021

© de los mapas, Jeffrey L. Ward

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2021

Edicions Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespensula@planeta.es
www.edicionespensula.com

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición

Depósito legal: B. 2.817-2021

ISBN: 978-84-9942-969-4

ÍNDICE

Nota de la autora	11
Mapas	19

PRIMERA PARTE. 1958-1976

1. La última princesa	27
2. Comerse a Buda	39
3. El regreso del dragón	55
4. El año en que el tiempo se derrumbó	69
5. Una muchacha completamente china	89
6. Ciudad Roja	103
7. El exilio	115

SEGUNDA PARTE. INTERREGNO, 1976-1989

8. El gato negro y el gusano dorado	131
9. Una educación tibetana	151
10. Un pavo real del oeste	167

TERCERA PARTE. 1990-2013

11. El pequeño yak salvaje	181
12. Una vida de monje	193
13. Compasión	205
14. El fiestero	217
15. La sublevación	229
16. El ojo del fantasma	247
17. Divertíos, o si no...	259
18. No hay salida	271
19. Un muchacho ardiendo	281
20. Pesares	291
21. La tirolina	305

CUARTA PARTE. DESDE 2014 HASTA HOY

22. La India	319
23. Todo menos libertad	345
Agradecimientos	365
Notas	371
Glosario	403
Créditos de las ilustraciones	407
Índice alfabético	409

LA ÚLTIMA PRINCESA



La familia real de Ngawa, en 1957. Gonpo aparece en el centro de la imagen, y su padre, detrás de ella.

1958

Gonpo olió el humo antes de ver lo que estaba ocurriendo. Pese a tener apenas siete años y no entender mucho de política, la niña vio confirmado el presentimiento que tenía desde hacía semanas de que algo iba mal. Estaba volviendo a casa con su madre, su hermana, su tía y una comitiva de sirvientes después de asistir a las exequias de su tío. Habían partido hacia

la aldea del difunto en verano, pero habían pasado allí cuarenta y nueve días, el tradicional periodo de duelo que observan los budistas: este tiempo es el que media entre la muerte y el renacimiento. Ahora era principios de otoño, y el frío nocturno anunciaba la nieve que no tardaría en caer desde las cimas de las montañas. Gonpo llevaba un traje abrigado de piel de carnero, pero el viento que corría debajo de su caballo la hacía tiritar. Todos iban a caballo: Gonpo, como la mayoría de los tibetanos, llevaba montando desde muy pequeña. El grupo se dirigía al oeste, hacia el sol poniente, por una carretera construida hacía poco por ingenieros militares chinos, pero que aún estaba sin pavimentar. El camino se bifurcaba al llegar a un arroyo que conducía a la casa de Gonpo, que estaba al norte. Atravesaron unos matorrales, y fue entonces cuando la niña vio de dónde venía el humo. Montada en su caballo, divisó con claridad media docena de hogueras que consumían otras tantas tiendas de campaña. Cuando se acercaron, vio que no eran las típicas tiendas tibetanas —de color negro y piel de yak—, sino las pequeñas tiendas blancas que utilizaba el Ejército Popular de Liberación.

Era 1958, nueve años después de que Mao Zedong proclamara la República Popular China, así que no era raro ver tropas del Ejército Rojo acampadas en las zonas rurales. Pero esta vez lo sorprendente era que las tiendas estaban instaladas en la finca de la familia de Gonpo. A la niña, en la última parte de un trayecto que había durado dos días, le había costado no dormirse, pero ahora, de pronto, estaba totalmente despierta: tenía curiosidad por ver lo que estaba ocurriendo, y también un poco de miedo. Fue una de las primeras en desmontar. Se bajó del caballo enseguida, sin esperar a que los sirvientes la ayudaran, y fue corriendo a la puerta. Se preguntaba por qué no había salido nadie a recibirles. Se puso a aporrear la puerta, una plancha de madera dos veces más alta que un adulto y con

un dintel muy macizo. No hubo respuesta, así que empezó a gritar a pleno pulmón:

«¡Hola, hola! ¿Dónde está todo el mundo?»

Su madre se acercó y se puso a gritar con ella.

Por fin se abrió la puerta. Era la niñera de Gonpo, que, en vez de darles un caluroso recibimiento, se inclinó sobre la niña como si no estuviese allí y le susurró al oído a su madre, que se encontraba justo detrás. Gonpo no oyó nada, pero por la reacción de su madre supo que le había dado malas noticias. La había visto llorar mucho últimamente. Su tío, el que se acababa de morir, había sido el hermano favorito de su madre, así que Gonpo pensó que quizá estaba llorando otra vez porque seguía desconsolada por su muerte. Al menos era eso lo que quería pensar, pese a que todo —el humo, las tiendas de campaña, el semblante inexpresivo de la criada— llevaba a suponer que el motivo era otro. En ese momento intuyó el fin del mundo en el que había crecido.

Gonpo se crió como princesa. Su padre, Palgon Tinley Raptent,* cuyo nombre viene a traducirse como «Honorable Luz Inalterable», era el decimocuarto monarca de la dinastía que gobernaba lo que se conocía como reino Mei, que tenía su capital en Ngawa, en la actual provincia de Sichuan. En 1950, cuando nació Gonpo, Ngawa era una ciudad insulsa con un mercado donde los comerciantes vendían sal y té y los pastores, mantequilla, pieles y lana. La región era un conjunto de pequeños feudos gobernados por diversos jefes, reyes, príncipes, kanes y caudillos. Los chinos utilizaban el término *tusi*, traducido a menudo como «propietario», para designar a go-

* Muchos tibetanos carecen de apellidos en el sentido occidental, pero a menudo tienen más de un nombre. (*N. de la a.*)

bernantes locales como el padre de Gonpo; los tibetanos, en cambio, le llamaban *gyalpo* o «rey». Las crónicas en inglés de principios del siglo xx también se referían a él como a un monarca. Esta era, por lo demás, la idea que tenía Gonpo de la posición social de su familia.

De niña, Gonpo llevaba *chuba*, una vestidura muy larga ceñida a la cintura con un trozo de tela. Casi todos los tibetanos llevaban prendas similares: el estatus social se distinguía únicamente por la calidad del vestido. El de Gonpo estaba adornado con piel de nutria. Además se ponía collares con cuentas del tamaño de una uva y hechas de coral, ámbar y —el material más valioso de todos— *dzi*, una ágata rayada típicamente tibetana que, según se cree, protege del mal de ojo. Por lo demás no era una princesa demasiado femenina. Era mona más que guapa, con huecos entre los dientes y una nariz respingona que le daba el aspecto de un niño travieso. El pelo lo llevaba corto, como tantas niñas en Ngawa: señal de que aún no estaba en edad de casarse. Su madre y otras mujeres de la familia se recogían el pelo con trenzas y las sujetaban con borlas e hilos de coral. Un peinado muy elaborado: las sirvientas a veces tardaban dos días en hacerles las trenzas.

La familia vivía en una espléndida casa solariega (un palacio, en realidad, aunque más bien parecía una fortaleza: un edificio muy sólido, construido para durar) en el extremo este de Ngawa, a poca distancia del centro de la ciudad. El edificio era típicamente tibetano, hecho con tierra amasada y de un color parduzco que le permitía confundirse con el paisaje en la estación seca, cuando la meseta se despojaba de hierba. Los muros, muy macizos (de casi tres metros de grosor en la parte baja), se estrechaban en lo alto de la construcción para hacerla más estable en caso de terremoto; las ventanas eran angostas y tenían forma de trapecio y celosías de madera. La fachada carecía de adornos, exceptuando dos balcones de madera, uno

en el extremo oeste y el otro en el este: terrazas de aspecto elegante, pero en las que se encontraban los cuartos de baño. Los excrementos caían al suelo, en el exterior de la casa, donde se mezclaban con ceniza y se esparcían por los campos como fertilizante.

El tamaño del palacio compensaba la falta de comodidades modernas: tenía 7.500 metros cuadrados y más de 850 habitaciones. En la planta baja se encontraban las mazmorras, los establos y las despensas, y, según se subía, las estancias iban ganando en elegancia y significación. Primero estaban los dormitorios de los niños y la madre; más arriba, los de los asistentes y oficiales privados del rey. Las habitaciones de las plantas superiores se hallaban revestidas con entrepaños de madera para disimular la tierra de los muros.

El último piso estaba dedicado, como era de rigor, al culto religioso. En las estancias había frescos y tapices tibetanos o *thangkas* con colores muy vivos. Las figuras budistas se reencarnan una y otra vez, por lo que van adquiriendo múltiples formas: masculinas y femeninas, familiares y extrañas. Allí estaba el Buda, el del pasado y el futuro, así como numerosos *bodhisattvas*, seres espiritualmente superiores que renuncian al nirvana para renacer en provecho de los demás. La pieza más preciada era una estatua de Avalokitesvara o Chenrezig, *bodhisattva* de la compasión y santo patrón de los tibetanos. La escultura, que el rey había recibido del decimocuarto dalái lama, presidía la capilla.

Bibliófilo ferviente, el rey tenía una vasta colección de libros y manuscritos religiosos, algunos con encuadernación de oro y plata. Debajo de la biblioteca había una sala para congregantes enorme, en la que cabían miles de monjes. En las festividades budistas, el palacio se veía invadido por los cantos religiosos y el ruido de los címbalos, las trompas y las caracolas. Y también se oía el mantra intraducible que pronuncian

los tibetanos para invocar a su santo patrón, el *bodhitsattva* de la compasión:

om mani padme hum

En el palacio, la vida cotidiana venía determinada por los ritos del budismo. El rey empezaba el día postrándose repetidamente en un santuario. Estaba de pie, muy derecho, rezando con las manos [juntas] por encima de la cabeza; de pronto se tendía boca abajo en el suelo, y luego se levantaba. Así se mantenía esbelto y despejaba la cabeza.

Era imposible distinguir lo religioso de lo cultural o consuetudinario. Cuando se la cogía en una mentira, Gonpo tenía que dar repetidas vueltas alrededor de un monasterio cercano, haciendo girar incontables «ruedas de plegaria», unos enormes cilindros verticales de metal, madera y cuero con oraciones inscritas en su superficie. Cada vez que giraban sobre su eje tenía uno la impresión de estar rezando en voz alta. Eran muy pesadas para una niña: este castigo forzaba a Gonpo a hacer examen de conciencia.

Las niñas —Gonpo y su hermana, que era seis años mayor— y su madre vivían en dependencias separadas de las del resto de la corte, en una de las alas del palacio. Cuando se levantaban por la mañana, su madre las llevaba a los aposentos de su padre para que le dieran los buenos días. A la hora de acostarse le visitaban de nuevo para darle las buenas noches. Los cuatro solían comer juntos. El rey ponía mucho celo en vigilar los modales de sus hijas en la mesa. Antes de las comidas se rezaba, y las niñas no podían empezar a comer hasta que sus padres hubiesen terminado. El padre siempre se aseguraba de no dejar ni un grano de arroz en el plato: se trataba de recordar a sus hijas lo duro que trabajaban los agricultores para producir los alimentos que tomaban. Además insistía en que se

les sirviera a todos los miembros de su corte las mismas raciones que a él. Hombre severo, no quería que sus hijas se criaran entre algodones. El palacio estaba lleno de sirvientes, pero el rey tenía por norma hacerse la cama.

Era un monarca progresista. Creía firmemente, por ejemplo, que las niñas debían recibir la misma educación que los niños. No tenía ningún hijo varón, por lo que sabía que seguramente le sucedería una de sus hijas. Gonpo tenía un preceptor que le enseñaba todas las mañanas el alfabeto tibetano con el método tradicional, consistente en esparcir ceniza en una pizarra y dar al alumno una pluma [de ave] para que trazara las letras. El tibetano es difícil de escribir. En su sistema de signos, procedente del norte de la India, se van poniendo unas consonantes sobre otras. Gonpo se pasaba horas mirando perpleja el revoltijo de letras.

Era una niña inquieta a la que molestaban los límites impuestos por la vida palaciega. Cuando era muy pequeña, su niñera le ataba una campanilla a la cintura para oírla cada vez que el bebé intentara salir [de la casa]. Gonpo tardaría muchos años en apreciar lo efímero de esta época, la de su primera infancia, en que vivía resguardada del mundo exterior. No tenía ninguna compañera de juegos de su edad. Su hermana mayor, una niña pálida y estudiosa, no tenía el menor deseo de hacer travesuras con ella. Cuando los monjes visitaban el palacio, Gonpo era más feliz que nunca, porque entre ellos había algunos niños de su edad. Tenía uno predilecto, y daba la casualidad de que los religiosos habían reconocido en este niño a un lama reencarnado o *tulku*. Los adultos le trataban con suma reverencia; Gonpo, en cambio, solía tirarle de la manga, exigiéndole que diera patadas a una pelota en la sala para congregantes. Muchas veces se escapaba del palacio para jugar con los niños en una casa vecina. Allí no tenía que comportarse como una princesa. Uno de aquellos niños recordaría más

tarde que Gonpo insistía en ayudarle con las tareas de su casa. A veces, incomodada por el hecho de tener muchas más cosas que los demás niños, intentaba regalar ropa. En cierta ocasión se colaron los niños de la vecindad en los jardines privados del palacio para robar judías, y ella se unió a la pandilla. No se daba cuenta, claro, de que esas judías eran suyas.

Gonpo fue creciendo, y a su padre le empezó a preocupar que no tuviera ademanes de princesa. Trató de impedirle que jugara con los niños de las casas vecinas, hijos de súbditos suyos. Así que la niña tenía que contentarse con mirar por las ventanas el patio tapiado y, más allá, las colinas que se extendían hasta desaparecer en las montañas nevadas del norte. En esa tierra, que se extendía hasta donde alcanzaba la vista, reinaba su padre.

El reino Mei llegaba hasta Dzorge (Zoige en chino), ciento cincuenta kilómetros al noreste, aunque no se sabía con exactitud la extensión del territorio sobre el cual el monarca ejercía un control efectivo: era aquella una sociedad en la que el poder no se medía por tierras, sino por personas. Las fronteras contaban menos que la lealtad, y había pocos lazos tan fuertes como los familiares. Según las crónicas tibetanas, el rey Mei gobernaba 12 tribus y 1.900 hogares. Los documentos chinos calculan en 50.000 el número de personas sobre las que tenía autoridad directa. La riqueza se medía igualmente por el número de reses que poseía una familia: dicen las crónicas que el reino contaba con cuatrocientos cincuenta caballos y ochocientas cabezas de ganado, incluidos yaks, que a veces se cruzaban con vacas.

El palacio estaba rodeado de pastizales, pero la mayoría de las reses se encerraban cerca de Meruma, una aldea a veinticinco kilómetros al este que se había creado para cuidar el ganado real, y en la que el monarca también tenía un palacio de verano. Había otro más pequeño a pocos kilómetros al oes-

te, en el terreno del monasterio Kirti, fundado por los antepasados del rey. A este santuario peregrinaban los fieles, y además se utilizaba en las festividades budistas.

Gonpo veía en su padre al soberano indiscutido de toda la región. Era él quien decretaba el horario de los mercados, los artículos que se podían vender y los animales que se podían cazar. Budista devoto, prohibía la caza de aves, peces, marmotas y otros animales pequeños: como cada uno era la reencarnación de un alma, se creía preferible matar animales grandes, como yaks y ovejas, que podían alimentar a muchas personas. Por lo demás estaba estrictamente prohibida la venta de opio.

El rey no paraba desde la hora del desayuno de recibir a súbditos que apelaban a él para que reparara agravios y dirimiera disputas. Cuando alguien se peleaba con su vecino por unas tierras o quería abrir un negocio, le rogaba al soberano que interviniera. Eran tantos los visitantes que siempre se veía gente acampada en el prado que había delante del palacio, aguardando su audiencia con el monarca. Los tibetanos no eran, sin embargo, los únicos en recurrir a su sabiduría. En la región vivían docenas de grupos étnicos, entre ellos los mongoles, que habían llegado en masa a la meseta en el siglo XIII, y los qiang, que se parecían físicamente a los tibetanos, pero tenían una lengua y una cultura propias. Los musulmanes chinos, conocidos como hui (pronunciado «huai»), eran de etnia china, pero a los hombres se les reconocía por sus barbas ralas y sus gorros blancos, y a las mujeres, por los pañuelos que llevaban en la cabeza.

Un creciente número de chinos han se estaban estableciendo en la región. Este grupo constituía la mayoría de la población china. Casi todos los han con los que se encontraba Gonpo eran fieles al Gobierno chino, aunque también parecían respetar a su padre. Ella, desde luego, no tenía nada en contra de ellos. Se había alegrado mucho de ver a ingenieros y

obreros chinos construyendo una nueva carretera a lo largo del río: la misma por la que habían vuelto a casa después de las exequias de su tío. Uno de sus primeros recuerdos era el de la ceremonia de inauguración de la carretera que mediaba entre Ngawa y Chengdu y pasaba cerca del palacio. Vestidos con las mejores prendas tibetanas y engalanados con collares de cuentas, Gonpo y su familia habían entregado ramos de flores a los funcionarios chinos. En aquella ceremonia, las niñas habían visto automóviles por primera vez en su vida. Más tarde recordaría su madre entre risas cómo Gonpo y su hermana habían intentado alimentar los camiones con hierba, creyendo que eran caballos.

Aquella noche de 1958 en que la familia real volvió del funeral, Gonpo ignoraba la razón por la que los chinos habían acampado enfrente de su casa. Entró en el palacio abriéndose paso a empujones y subió corriendo a la tercera planta. Los sirvientes andaban ocupados empaquetando cosas con gesto serio, como la niñera, y sin decir nada. Algunos tenían los ojos llorosos. Para Gonpo era ya evidente que pasaba algo. A su padre no le veía por ninguna parte: uno de los criados dijo que se había ido a una reunión, pero ella no se lo acababa de creer. Fue de una habitación a otra buscándole a él, y también a alguien que le explicara lo que estaba ocurriendo, pero nadie supo o quiso contestarle. Los sirvientes recorrían las estancias cargados de prendas y ropa de cama. Gonpo se puso aún más nerviosa. Los niños pueden hacer mucho ruido: las pisadas de la pequeña princesa retumbaban en los suelos de madera (pon, pon, pon). Su niñera la encontró por fin y la agarró del brazo.

La reprendió por hacer ruido. ¿Acaso no comprendía la gravedad de la situación? No, no la comprendía. Desde luego que no. Todos los demás estaban haciendo las maletas, así que

Gonpo pensó que ella también debía hacerlas. Se fue a su habitación y sacó los juguetes.

«No vas a necesitar esas cosas; déjalas», le dijo en tono airado la niñera, que llevaba cuidándola desde que era un bebé y nunca le había hablado así.

Así que Gonpo se despidió de sus posesiones más preciadas, entre ellas una manzana de plástico de la India que, según descubriría uno al abrirla, contenía otras más pequeñas, como una muñeca rusa. Muchos años más tarde, siendo ya una mujer muy mayor, con el pelo canoso y artrítica, recorrería las jugueterías de Asia buscando una manzana de juguete como la que había dejado en la casa de su niñez.

A la mañana siguiente, al amanecer, Gonpo vio a los soldados sellar con cinta el palacio y clavar con tachuelas carteles con grandes caracteres chinos que parecían transmitir un apremiante mensaje político. Pero ella no lo entendía porque no sabía leer en chino. Fuera del cordón de seguridad que formaban los soldados había vecinos llorando, entre ellos los niños con los que había robado judías.

Gonpo seguía sin aceptar la gravedad de la situación. Lo que más le llamó la atención fue el automóvil que vio alejarse. Era un *jeep* de fabricación rusa, nada especial en la China de la década de 1950. Gonpo nunca había ido en un vehículo privado; solamente había viajado en un autobús. Aquel automóvil le entusiasmó tanto que se olvidó momentáneamente de la tragedia que estaba ocurriendo y fue corriendo detrás del *jeep*, dando saltos de pura emoción.

Su madre captó su atención de repente dándole una bofetada. Sus padres nunca le habían pegado. Gonpo había violado, sin embargo, la regla del decoro tibetana que ordenaba abandonar el hogar de manera digna y respetuosa. Así que

tuvo que retroceder y colocarse al lado de su hermana, sus dos primas y su tía. Las cinco levantaron las manos en gesto de oración y luego se postraron ante el palacio, manifestando así su agradecimiento a la casa que les había dado abrigo todos esos años. Acto seguido se subieron al *jeep*, que tenía sus maletas apiladas en la baca, y se marcharon.